

Editorial

Un cuerpo para donarse

Silvio Marinelli

La corporeidad es un elemento esencial de nuestra persona. No sólo ‘tenemos’ un cuerpo, sino ‘somos’ nuestro cuerpo. Éste, es el instrumento de enlace con la realidad externa y con nuestros semejantes. Con el cuerpo nos manifestamos, comunicamos y nos relacionamos. El cuerpo nos revela: nuestro estado de salud, nuestra edad, nuestra vida afectiva y también nuestros pensamientos, valores y creencias.

A lo largo de la historia se han encontrado posturas extremas con respecto al cuerpo: el rechazo total de éste como enemigo del alma, o una “idolatría” donde el cuerpo predomina sobre lo demás. Durante muchos siglos se tuvo una idea bastante negativa del cuerpo; para muchas personas se trataba de un elemento de disturbio en la vida personal, identificada con el alma. Recordemos la definición del filósofo griego Platón que definía al cuerpo como la tumba del alma. Esta postura ha engendrado actitudes y comportamientos de desprecio o suspicacia respecto a las actividades corporales como el comer, el descansar, el ejercicio de la sexualidad. También se ha manifestado esta ideología en una escasa consideración de los cuidados para la salud, visto que, en fin, lo importante era “salvar el alma”.

En las últimas décadas hemos asistido a un cambio radical: el cuerpo es el centro de los intereses (también económicos) de la gente, con un sinnúmero de propuestas de su valoración: gimnasios, alimentación e higiene, productos dietéticos y cosméticos, cirugía estética, centros para el bienestar, la importancia dada a la belleza, propuestas para una vida sexual realizada y libre, etc. Se asiste – podríamos decir –, a una idolatría del cuerpo que deja entre paréntesis otras dimensiones, como la afectiva, la racional y la espiritual.

Estamos lejos de un equilibrio que, dando importancia a la corporeidad, la integre en el conjunto de la personalidad del hombre: la corporeidad es un elemento positivo, pero no único del ser humano.

Desde este punto de vista adquieren mucha importancia las formas expresivas ligadas a la *corporeidad*, que, sin embargo no podemos reducir a ella. El canto, la pintura (incluso la expresión de los *grafiteros*, como aparecerá en un artículo), la danza y el baile, el espectáculo, así como todas las formas de juego, deporte y ejercicio físico, permiten una manifestación del yo profundo de la persona y su realización.

Además, todas las formas de expresión corporal – siendo el cuerpo sujeto a las coordenadas espacio-temporales – nos ponen en contacto (directo o indirecto) con los demás y favorecen la comunicación y la construcción de una civilización que no se achata en la producción y el consumo de bienes. La expresión corporal permite una valoración del divertimento, del convivir, de la fiesta, de lo que rompe la monotonía del trabajo y del deber.

El cuerpo, considerado como parte de la persona, participa de la misma dinámica o “lógica del don”. Somos seres que podemos realizarnos sólo cuando nos “donamos” a los demás, cuando salimos de nosotros y de nuestro yo narcisista. Con la corporeidad servimos, cuidamos, nos entregamos.

Mientras estaba pensando en estas reflexiones, recibí una llamada telefónica de una colaboradora que me pedía que le recomendara lugares en donde su hijo joven pueda ir para

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 68 (2014)

tocar la guitarra y hacer más agradable la vida de personas solas o ancianas. Sí, la expresión corporal puede manifestar quiénes somos – seres “manifestados por el don” – y puede permitir la realización de nuestra realidad más hermosa: un cuerpo entregado que recuerda la lógica eucarística de Jesús.